

JEAN-BAPTISTE WILLERMOZ EN LA ESCUELA DE MARTINES DE PASQUALLY: GÉNESIS DEL RÉGIMEN ESCOCÉS RECTIFICADO

Por Jean-Marc Vivenza

Dos actitudes equivalentes, pero igual de reductoras, se entrecruzan de manera regular cuando se trata de la relación entre Martines de Pasqually y Jean-Baptiste Willermoz, a saber, para la primera, no reconocer casi ninguna relación entre el sistema masónico construido en el siglo XVIII en Lyon por Willermoz y las enseñanzas impartidas por Martines de Pasqually a sus discípulos, o considerar, por el contrario, al Régimen Escocés Rectificado como una simple reproducción, claramente debilitada, puesto que está amputada y privada de su parte teúrgica, de la Orden de los Caballeros Masones Élus Cohen del Universo.

I. UN INICIADO LIONÉS: JEAN-BAPTISTE WILLERMOZ

Presentemos brevemente a Jean-Baptiste Willermoz. Nació en julio de 1730. Se benefició de una excepcional longevidad, ya que no murió hasta 1824, o sea, a la edad de 94 años, lo cual era excepcional en aquel entonces. Fue iniciado en 1752 y al año siguiente fundó la logia “la Perfecta Amistad”, luego en 1760, con el visto bueno del Conde de Clermont, Gran Maestro en aquella época de la masonería francesa, fundó la Gran logia de los Maestros Regulares de Lyon de la que se convirtió en archivero. Esta función le dará la posibilidad de entrar en relación epistolar con una multitud de masones practicantes de múltiples grados y en particular, en 1761, con Antoine Meunier de Précourt, Venerable Maestro de la logia “Saint- Jean des Parfaits Amis” (San Juan de los Perfectos Amigos), en el Oriente de Metz, quien le proporcionará numerosos rituales, entre los cuales estaba el de Caballero Kadosh, lo cual le permitió a Willermoz acercarse, por primera vez, no sin cierta confusión, a la leyenda Templaria.

Junto con su hermano Pierre-Jacques Willermoz, formó entonces en Lyon un “*Capítulo de los Caballeros del Águila Negra*”, dentro del cual se estudiaba en un pequeño círculo cerrado los diversos catecismos, rituales e instrucciones destinadas a los grados practicados. Ya en esta época, Willermoz estaba persuadido de que la francmasonería, a pesar de la gran confusión reinante en su seno, así como del carácter desigual de los conocimientos que se podían encontrar dentro, era depositaria y detentora de los secretos esenciales que él esperaba descubrir. Sin embargo, en la capital de las Galias, los años se sucedían, Willermoz se acercaba paulatinamente a los 40 años y, como su hermana Anne, se desesperaba de no ver venir nada concreto en el horizonte de los conocimientos iniciáticos esenciales.

Ahora bien, no dudaba de que el año 1767 le trajera un cambio decisivo.

En efecto, mientras aspiraba al “conocimiento” verdadero, un encuentro con un personaje sorprendente iba a trastocar su comprensión en cuanto a lo que consiste la

iniciación masónica y cambiar profundamente su orientación espiritual.

Este personaje extraño, que Willermoz se preparaba a conocer, evidentemente lo habéis adivinado, no era otro que Martines de Pasqually. En aquella época, la Orden de los Caballeros Masones Élus Cohen del Universo, de la que Martines era el Gran Soberano, acababa de instalar, en el equinoccio de primavera en el Oriente de Versalles, en marzo de 1767, a su más alta instancia, es decir, su “Tribunal Soberano”.

II. EL ENCUENTRO DECISIVO

Con motivo del viaje anual a París que Jean-Baptiste Willermoz hacía regularmente en la primavera, que dedicaba tradicionalmente a la gestión de sus asuntos y a la visita de distintas logias, y a través de Bacon de la Chevalerie (1731-1821), que era entonces diputado, ante la Gran Logia de Francia, de la Gran Logia de los Maestros Regulares de Lyon, Willermoz se enteró de la existencia de la Orden dirigida por Martines y las cualidades, poderes espirituales y el saber fuera de lo común que numerosas opiniones autorizadas le atribuían.

Curioso, a la vez que circunspecto, Willermoz escribió a su hermano Pierre-Jacques, en una de sus cartas que la historia conservó, afortunadamente, que tenía sobre este tema una “prudente reserva”. Esta reserva, sin embargo, no le impidió viajar de París a Versalles un día del mes de abril y presentarse por la noche a la puerta del Templo para solicitar que lo recibieran.

Aquella noche, para sorpresa de Willermoz, fue el mismo Martines en persona, presente en Versalles, quien ofició durante la ceremonia de recepción. Willermoz estuvo impresionado por lo que vivió hasta tal punto que, cincuenta años más tarde, en 1821, en un correo a Jean de Turckheim (1749-1828), Eques a Flumine, le recordaba en un relato entusiasta que su recuerdo permanecía intacto, continuando “imperecedero”, y recordaba precisamente todos los puntos destacables de lo que había recibido y descubierto.

La razón del carácter decisivo de este encuentro ya la explicó en una carta a Charles de Hesse-Cassel (1744-1836), Eques a Cedro Libani, fechada en 1781. En esta carta tan instructiva, escrita siete años exactamente después de la muerte de Martines, demostrando, si fuera necesario, la importancia de su apego a él, precisaba lo siguiente:

“[Martines] me avanzó rápidamente y obtuve los seis primeros grados [Maestro Élu, Aprendiz-Cohen, Compañero Cohen, Maestro Cohen, Gran Arquitecto, Caballero de Oriente y Comendador de Oriente]. Un año después, emprendí un viaje con esta intención, y conseguí el séptimo y último [Réau+Croix], que otorga el título y carácter de jefe en esta Orden. Aquel de quien los recibí se decía uno de los siete Jefes Soberanos Universales de la Orden, y a menudo demostró sus conocimientos por hechos. Siguiendo a éste, recibí al mismo tiempo el poder de conferir los grados inferiores, conformándome por ello a lo que me fue prescrito.”

Sin embargo, no hice ningún uso de ello durante algunos años, los cuales empleé en instruirme y fortalecerme, hasta donde mis ocupaciones civiles me permitieron.

Sólo en 1772 fue cuando empecé a recibir [en la Orden] a mi hermano médico y poco después a los hermanos Paganucci y Périsset de Luc, que Su Alteza habrá visto en el cuadro de los Grandes Profesos. Y estos tres se convirtieron desde entonces en mis confidentes para las cosas relacionadas que tuve la libertad de confiar a otros”.

En esta otra carta a Charles de Hesse se encuentra una información, se puede decir, de primer orden para nuestro tema. Hela aquí:

“Los tres primeros grados instruyen sobre la naturaleza divina, espiritual, humana y corporal, y es precisamente esta instrucción la que forma la base de la de los Grandes Profesos. Su Alteza Serenísima podrá reconocerlo por la lectura. Los grados siguientes [Gran Arquitecto, Caballero de Oriente y Comendador de Oriente] enseñan la teoría ceremonial preparatoria para la práctica que está exclusivamente reservada al séptimo y último [Réau+Croix]. Aquellos que alcancen este grado, cuyo número es muy pequeño, están sometidos a trabajos u operaciones particulares, que se hacen esencialmente en marzo y septiembre. Los practiqué constantemente y me encontré bien”.

Parece, pues, evidente que Willermoz va a encontrar en esta Orden de los Caballeros Masones Élus Cohen del Universo lo que siempre había esperado en materia de iniciación, y además la confirmación de la justeza de sus expectativas a propósito de los misterios subsistentes en el seno de la francmasonería. Su apego e interés por la doctrina y las prácticas de Martines de Pasqually van a traducirse, desde entonces en cinco años, en una relación a veces delicada, pero sobre todo por una correspondencia asidua fundada en el afán permanente de profundizar sin cesar los datos teóricos y operativos propuestos por los Élus Cohen.

III. WILLERMOZ, UN ÉMULO ACTIVO PERO INQUIETO

Willermoz abre un Templo en Lyon, es decir, una logia que trabaja los rituales Cohen, que recibe a los hermanos más aventajados en los grados superiores de la Orden. La teúrgia ceremonial transmitida por Pasqually, que trata sobre la invocación de los nombres angélicos, se convirtió entonces en la actividad secreta de “*La Bienfaisance*” (La Beneficencia).

Para saber cómo practicar correctamente y poner en marcha los rituales Cohen, Willermoz preguntaba muy a menudo a Martines. Éste le daba entonces consejos epistolares detallados y bastante precisos.

He aquí lo que decía Martines a Willermoz, unos meses después de su recepción:

“Le recomiendo que sea muy lento en sus trabajos masónicos para

evitar las sorpresas de las que serán susceptibles las falsas apariencias; mi experiencia debe servirle de lección. Asegure, se lo ruego, a todos sus Émulos de mi sincero afecto. No ignoro en absoluto los esfuerzos que hizo para mi beneficio particular y el de la Orden. Cuide su poder y autoridad, querido maestro, no admita, mientras pueda, en el conocimiento de nuestros misterios, sino a aquellos de los que conozca su verdadero celo, como lo exigen nuestros estatutos generales; es el único medio de poner al amparo las ciencias sublimes que están encerradas en nuestra Orden ocultas bajo el velo de la Masonería.

No se imagine que sospecho de su exactitud ni de su severa discreción, solo os recomiendo lo que exhorto a todos mis fieles hijos espirituales que llamo en mi corazón “Amigos Queridos” y que llamo en público con el cariñoso nombre de “hermanos”. Es usted este hijo querido y amado de aquel que le quiere y amará hasta el final de sus días, de lo que debéis estar convencido como de creerme de la vida a la muerte (sic)”.

Sin embargo, mientras Martines sostenía que el método era “*eficaz para llegar a Dios, o al menos a pruebas sensibles de su existencia y de la existencia del mundo inmaterial de los espíritus (...) y dar al iniciado la seguridad de su salvación*”, los trabajos de teúrgia traían muy a menudo a Willermoz, que tampoco era favorecido por “*La Cosa*”, más inquietudes que luces, le suscitaban numerosas preguntas e incluso serias dudas. Hay que decir que la desilusión en la práctica de las operaciones se podía entender, de tanto insistir Martines en su cartas en el valor excepcional de su método, en términos impresionantes: “*el hombre sólo tiene que querer, tendrá poder y potencia*”; los Reaux-Croix se convertirán en “*hombres-dioses creados a semejanza de Dios y Dios los inscribirá en el registro de las ciencias que abre a los hombres de deseo*”.

Para entender mejor también el origen de estas inquietudes, hay que apuntar que Bacon de la Chevalerie se había comprometido a recibir a Willermoz como Réau-Croix en malas condiciones.

El 2 de mayo de 1768, Pasqually enviaba en efecto a su Sustituto Universal un permiso de principio, pero subrayaba que nada estaba reunido para esta ceremonia. Indicaba sin embargo la manera de proceder:

“No ofrecerá otro holocausto de expiación que la cabeza de un chivo macho, que mandará comprar indiferentemente al mercado, la cual cabeza llevará su piel peluda. La preparará así como se prepara el chivo antes de sacrificarlo. Luego, hará 3 fuegos nuevos. En el que estará en el norte, pondrá la cabeza sin lengua ni sesos, solo con los ojos. En el que está al mediodía pondrá los sesos. En el que estará al oeste, pondrá la lengua. Cuando arda todo, el candidato echará tres granos de sal gorda en el fuego. Luego pasará las manos tres veces sobre cada llama de cada fuego, en signo de purificación. Se arrodillará en la

rodilla derecha y la otra levantada, y luego dirá esta palabra inefable, que encontrará marcada en el escrito adjunto, así como sus números, caracteres y jeroglíficos, los cuales se trazarán delante de cada fuego, tal y como vienen marcados. Si no se puede conseguir una cabeza de chivo macho, se tomará la cabeza de un cordero cubierta con su piel. Es absolutamente necesario que la piel sea negra; si no el holocausto sería una acción de gracia pero no una expiación”.

IV. LAS DESILUSIONES DE WILLERMOZ

La ceremonia se desarrolló durante tres días, los 11, 12 y 13 de mayo de 1768. Pasqually prescribía recoger las cenizas de los fuegos, entregar a Willermoz un escapulario así como un talismán idénticos a los de los Réau-Croix, y añadía:

“No olvidará hacer que beba el cáliz en la ceremonia después de la recepción y dará el pan místico o “cimentaire” (sic) de comer a su Réau-Croix recién recibido en la misma ceremonia que me ha visto celebrar”.

Sin embargo, ningún fenómeno sobrenatural vino a dar testimonio del éxito de la ceremonia. Más grave aún, las operaciones de Equinoccio, las primeras en las que Willermoz podía participar, fijadas los 27, 28 y 29 de septiembre de 1768, y durante las cuales debía recibir una ordenación simpática, fueron pura y simplemente postergadas por Martines, quien se olvidó de enviar a tiempo las oraciones y las invocaciones, justificándose luego por explicaciones embrolladas, diciendo que su criado había mandado mal el paquete, luego que un huracán había destruido en parte la propiedad de su suegro y estaba abrumado por los problemas. Se puede imaginar la desilusión de Willermoz.

Durante los años que siguieron, no terminaron sus sorpresas. Se sorprendía de ver a Martines modificar según sus intuiciones los periodos de los equinoccios, hacer promesas de las que se olvidaba tan rápido como los había expresado, hablar con él interminablemente de sus problemas de dinero, hasta que, en una carta, abandonara a su hermana, la Señora Provensal, que pretendía curar de forma segura, con estas palabras:

“Ore, pida los auxilios necesarios para su hermana, hará tanto como yo en este tema, si su intención y su oración son puras y sinceras”.

Finalmente, para culminar todo y reforzar los temores que inspiraba este comportamiento antojadizo, un desorden indescriptible reinaba en la Orden Cohen, Orden que ambicionaba, sin embargo, reformar enteramente la francmasonería, mientras que los Templos estaban abandonados a su suerte y ni el Tribunal Soberano de París, ni el Sustituto Universal Bacon de la Chevalerie poseían los rituales completos, incluidos los de los primeros grados.

Cuando un día Willermoz se decidió a preguntar firmemente a Martines sobre las razones de sus incumplimientos, Martines le esquivó, llegando a sostener de manera

sorprendente para su defensa: *“tengo que guardar secretamente lo poco que me transmitieron caritativamente, por miedo a que me lo quiten”*.

Así, cuando en la primavera de 1769, Jean-Baptiste Willermoz vino nuevamente a París para entrevistarse con Bacon de la Chevalerie y Luisignan, se sospechó lo que pudo decir y de lo que se enteró sobre el comportamiento de Martines, esto por los términos severos de la carta que escribió desde París al taumaturgo bordelés, el 29 de abril de 1769:

“Deseo poder anunciar en Lyon un objeto verdadero y digno de personas honestas, no hacer en absoluto el charlatán”.

Una entrevista que Martines quería evitar se celebró en la segunda quincena de abril de 1771 a la que se sometió no de muy buena gana. No dio ningún resultado. Y mientras los proyectos fantasiosos de beneficios en los correos que siguieron le eran propuestos al lionés, que este último miraba con prudencia, tanta como su *“tafetán en rústica con fondo blanco, rayas satinadas rosa”* que Willermoz había escogido para armonizar con la tez *“morena clara”* de la Señora de Pasqually, vestido lujoso encargado por Martines que había afirmado que podía pagarlo en los mejores plazos, permanecía desesperadamente impagado, un evento brusco e inesperado sobrevino: la salida de Martines en mayo de 1772 para Santo Domingo con el fin de cobrar una herencia.

Martines, quien sabía que esta salida precipitada había podido provocar una real desilusión en sus discípulos, escribió para tranquilizar a Willermoz, en octubre de 1773, afirmándole que pensaba volver en los mejores plazos:

“Aunque unos asuntos temporales me obligarán a pasar por la colonia, nunca he perdido de vista a la Cosa. Siempre he llevado bien lo temporal junto con lo espiritual; por este medio, me atrevo a decir que todo irá bien; el Eterno conoce mis puntos de vista en uno y otro, de modo que protege mi persona conservándola en la más perfecta salud, lo cual me hará capaz de acabar aquí los asuntos de sucesión que reclamo en esta colonia y volver cuanto antes a Francia, para vivir entre nuestros hijos espirituales e indemnizarlos con creces por el empleo del tiempo perdido en la Cosa”.

Martines precisaba:

“Si le place a Dios, cuento con terminar los asuntos temporales en estos países hacia finales del año próximo, tiempo que me propongo pasar en Francia, salvo circunstancias imprevistas; y para entonces haré esfuerzos para ir a visitar a su Gran Oriente en tanto que la Cosa lo desee y me lo confirme. Aquí, se teme mi pronto regreso. Estoy esperando su respuesta para terminar mi ruta marítima para desembarcar en Francia. Quiero llegar a Burdeos sólo después de mi gira por Francia”.

Sin embargo, Willermoz vio pasar los meses sin que Martines volviera. Ahora bien,

la Orden Cohen continuaba desorganizada, los rituales seguían desesperadamente incompletos, las instrucciones inacabadas, los catecismos faltaban y, sobre todo, nadie era capaz de sustituir al maestro; conflictos perturbadores habían surgido a la cabeza de la Orden, principalmente con Bacon de la Chevalerie, Sustituto Universal destituido por sus indiscreciones en 1772 por Martines, lo cual afectó a Willermoz.

Pero, si la Orden era caótica, a su vez el estado de la francmasonería en Francia era deplorable, como consecuencia del desorden generado por el conflicto de sus grados Escoceses, lo cual se vio reforzado por la muerte del conde de Clermont en 1771, al que sucedió Louis Philippe, duque de Chartres y de Orléans. El caballero de Grainville resumió de manera lapidaria la situación:

“La Orden entregada a Don Martines de Pasqually no se consolidará jamás. La Orden, entregada a la ambición y al destino tampoco se consolidará. No sé cómo podría consolidarse y empiezo a creer que no se consolidará en absoluto. Quizá no sea un mal mayor”.

Así, por decirlo claramente, si Willermoz permanecía profundamente ligado a la doctrina de Martines y en particular no ocultaba su entusiasmo y su viva admiración con respecto al *“Tratado sobre la Reintegración”*, era de otro modo en cuanto a su juicio sobre la Orden Cohen.

V-DE LOS ÉLUS COHEN A LA ESTRICTA OBSERVANCIA

Willermoz se decidió el 18 de diciembre de 1772, con el fin de remediar la situación incómoda ante la cual se encontraba, y mientras tenía la responsabilidad de sus hermanos de *“La Beneficencia”*, a dirigirse hacia una organización de la que muchos de sus amigos hablaban bien, escribiendo una larga carta al Barón de Hund (1722-1776, *Eques ab Ense*), Gran Maestro de la Estricta Observancia alemana que gozaba de una reputación fundada de orden y rigor. Hizo llegar su carta por mediación del Barón de Landsperge de la logia *La Candeur* (El Candor) de Estrasburgo en la que exponía, de manera muy detallada, su itinerario masónico, *“insistiendo en las largas investigaciones a las que se había dedicado para descubrir la esencia del secreto masónico”*, y evocando en unos términos oscuros y extremadamente cubiertos a los Élus Cohen. Concluía proponiendo una alianza y pedía claramente establecer un vínculo de *“La Bienfaisance”* (La Beneficencia) con la Estricta Observancia.

La carta de Willermoz no quedó sin efecto, ya que, dando una contestación a una serie de intercambios cada vez más estrechos y cálidos, mantenidos y reforzados considerablemente por los esfuerzos de los hermanos estrasburgueses (de Estrasburgo) de la logia *La Candeur*, von Hund acabará mandando al Barón Georg August Von Weiller (1726-1775), *Eques a Spica Aurea*, con el fin de que instalara, primero, en septiembre de 1773, en Estrasburgo, el Directorio de la Vª Provincia llamada Borgoña, luego en julio de 1774 en Lyon, el de la IIª Provincia llamada Auvernia.

Sin embargo, las gestiones de Willermoz, que demostraban su retorno hacia las actividades masónicas más clásicas y la reanudación de los lazos con las Obediencias

consideradas apócrifas por los Cohen, llegaron a oídos de Martines, quien no quedó nada contento con esta nueva orientación, como dan testimonio los términos bastante duros de una carta que envió al lionés:

“No le ocultaré que el P[oderoso] M[aestro] Caignet, igual que yo y todos los miembros que forman el G[ran] T[ribunal] S[oberano] de mi G[ran] O[riente], nos hemos sorprendido y hasta asombrado cuando vimos su nombre en un paquete impreso que trata de Logia Nacional de Francia [...]

La Orden no retiene a ninguno de sus sujetos por la fuerza, al contrario, los deja tal y como los ha cogido. Siempre tienen su libertad, porque de otro modo, no tendría mérito hacer el bien con perjuicio del mal [...]

Escribo una larga carta de instrucción sobre su retraso en la correspondencia con la Cosa al P[oderoso] M[aestro] Saint-Martin emplazándole a que la lea en voz alta en el centro de la columna de Oriente de su Templo, con todos los miembros reunidos; en el caso de que el P[oderoso] M[aestro] Saint-Martin ya no estuviera en Lyon cuando llegara el paquete que lleva su dirección, la abrirá y la leerá usted mismo, en presencia de los miembros de su Gran Templo”.

No se sabe si la petición de penitencia pública exigida por Martines fue ejecutada en el Templo de Lyon, lo que sí es cierto es que una real distancia poco a poco se iba estableciendo entre Willermoz y la Orden de los Cohen.

VI. LAS LECCIONES DE LYON (1774-1776)

Al alargamiento de esta distancia de naturaleza estructural, se sumó un nuevo examen de la doctrina en sí misma, hecho necesario para acercar ciertas ideas poco ortodoxas de Martines a un cristianismo más clásico. Así, desde septiembre de 1773, Louis-Claude de Saint-Martin había llegado a Lyon y se había unido al pequeño círculo Cohen. Se leía con atención en Lyon el *“Tratado sobre La Reintegración”*, cuyos extractos se entregaban a los hermanos, hasta los poco avanzados en la Orden, cuando el conocimiento estaba reservado entonces sólo a los Réaux-Croix. Esto puede chocar, como lo subraya Robert Amadou, haciendo observar la rectitud de la intención de Jean-Baptiste Willermoz: *“es esta relajación en la disciplina la que era destacable; pero no es censurable, porque la intención es recta y está relacionada con las circunstancias”*.

Saint-Martin elaboró, en colaboración con su anfitrión, una especie de proyecto de instrucción de los hermanos que formaban el Templo Cohen de Lyon. Se adoptó un plan con el fin de organizar el programa de la enseñanza, convinieron un ritmo a razón de 2 conferencias por semana programadas en días fijados previamente. Concienzudamente, Willermoz, a principios del año 1774, envió a Martines un “cuadro general” del “Gran Templo” y recibió una carta de Puerto Príncipe con fecha de 24 de

abril, firmada por el Gran Soberano de la Orden, agradeciéndole por esta información.

Las lecciones empezaron bajo la dirección de Saint-Martin, rodeado por Willermoz y Jean-Jacques du Roy d'Hauterive, igualmente Réau-Croix. Algunos hermanos visitantes a menudo venían a llamar a la puerta del Templo de Lyon. Observarán a Bacon de la Chevalerie, le Chambérien Marc Revoire de la logia La Sinceridad, los de Grenoble Joseph Prunelle de Lière (1740-1828), *Josephus a Tribus Oculis*, y André Amar (1755-1816), así como, procedentes de París, el Abad Rozier (1752-1816).

La primera instrucción tuvo lugar el viernes 7 de enero de 1774. Trataba “*Sobre la creación universal material temporal y el número senario que la produjo, sus relaciones con el hombre*”, y abría una sucesión de dieciséis instrucciones que se escalonaron hasta el 12 de septiembre, distribuidas en cuarenta y dos lecciones. Abordaron muchos puntos, los cuales convergían en una sola y única pregunta:

“¿Cómo, gracias a la ciencia divina impartida por Martines, trabajar en la reconciliación del hombre?”

La lectura de las Lecciones impartidas por Saint-Martin, d'Hauterive y Jean-Baptiste Willermoz, sí nos proporcionan la prueba incontestable, irrefutable, del interés, de la fuerza de imposición y considerable influencia de los conocimientos de los Cohen sobre Willermoz, al mismo tiempo, lo cual no se debe subestimar, saca a la luz nítidamente lo que diferencia el pensamiento de Willermoz (así como de Saint-Martin y d'Hauterive), del de Martines, sobre puntos no anodinos, principalmente en dos sitios principales que no dudaremos en calificar de mayores.

En efecto, Willermoz, ayudado por Saint-Martin, cuya influencia sobre el lionés no hay que infravalorar, va a ejercer lo que se puede designar como una especie de “*derecho de inventario*” con respecto al legado doctrinal dejado por Martines a sus discípulos, y va a revisar, corregir, e incluso, en los dos casos extremadamente significativos, rechazar las posturas del taumaturgo bordelés (de Burdeos) relacionadas con su cristología y su concepción de la Trinidad. Así, Willermoz introduce en las “*Lecciones de Lyon*” una relectura de la enseñanza de Martines a la luz de las verdades de la Revelación, con el fin de hacer conforme la doctrina de la Reintegración con la iniciación cristiana que sostenía con todas sus fuerzas y entendía preservar y perfeccionar, según la idea que meditaba secretamente pero de la que no hablaba con nadie, hasta el momento, de reformar o más exactamente rectificar la Estricta Observancia alemana.

Así, en una especie de seminario abierto y permanente, las reflexiones de los Cohen de Lyon van a tratar sobre diversos puntos precisos de la enseñanza martinesiana, con el fin de seleccionar, profundizar y desarrollar lo que convenía, enmendar lo que debía serlo y a veces rechazar lo que no era aceptable por ellos.

A este título, podríamos decir del informe que apareció entre Martines y Willermoz, casi exactamente, con muy poca diferencia, lo que Robert Amadou había expresado de los lazos que existieron entre Martines y Saint-Martin:

“*Saint-Martin conserva generalmente la línea martinesiana, pero la*

particulariza ordenándola, según su propio talento, en la forma verbal y uniéndola con un cristianismo más ortodoxo”.

VII. ORIGINALIDAD DEL RÉGIMEN ESCOCÉS RECTIFICADO

De este modo, y se entiende fácilmente ahora, cuando en 1778 en Lyon, entre el 25 de noviembre y el 10 de diciembre, Jean-Baptiste Willermoz, que había entendido que a la Orden de Martines le costaría sobrevivir a la desaparición de su Gran Maestro, sobrevenida en septiembre de 1774, da a luz a la Orden de los “*Caballeros Bienhechores de la Ciudad Santa*” durante el Convento de las Galias, que rectifica las estructuras, así como la perspectiva espiritual de la Estricta Observancia, para que pueda transmitirse un depósito iniciático que consideraba del valor más grande, diseminando inteligentemente, grado tras grado, los diferentes elementos simbólicos particulares (números, colores, formas, baterías, signos, etc...) procedentes de los rituales Cohen, instala la enseñanza de Martines de Pasqually en el seno de la Orden recientemente edificada, conocida ampliamente bajo el nombre de Régimen Escocés Rectificado, reuniendo y confiriendo por esta operación providencial un marco protector a la doctrina de la Reintegración, marco que la Orden Cohen ya no estaba en disposición de encarnar y que Willermoz no buscó conservar.

Pero estaremos muy atentos al hecho de que el Régimen Escocés Rectificado, si bien es el marco protector de la doctrina de la Reintegración tal como lo quiso Willermoz, principalmente en su clase no ostensible constituida por los Caballeros Profesos y Grandes Profesos, en cambio se distingue de ella, y se puede decir “*corrige*” la Orden de los Cohen por el lugar que toma en el seno de su Orden Interior la Santa Trinidad, que se convertirá en el objeto de una reverencia muy marcada, impartiendo igualmente una cristología que insistirá fuertemente en la doble naturaleza del Divino Reparador, afirmando reconocer en el Cristo al Maestro y Mesías, Verdadero-Hombre y Verdadero-Dios.

A partir de aquí, para saber lo que es verdaderamente de las influencias y fuentes martinesianas presentes en el seno del Rectificado, se entiende que no se tiene que recurrir brutalmente al “*Tratado sobre la Reintegración de los Seres*”, sino ayudarse, en primer lugar, con “*Las Lecciones de Lyon*” que son más bien conformes con los fundamentos espirituales del Régimen.

Sin embargo, insistimos sobre este punto, si la doctrina de Martines sufrió una corrección en el sentido profundamente trinitario, eliminando las huellas de modalismo e insistiendo, como parecía normal para una iniciación cristiana, en la doble naturaleza del Reparador, este acto no cambia la perspectiva legada por la Orden Cohen, sino al contrario, e incluso en cierta medida la purifica, la perfecciona, demostrando, de modo absolutamente incontestable, que el Rectificado contribuyó a salvaguardar y preservar los elementos principales de la doctrina martinesiana, puesto que es detentor de una auténtica transmisión directa, efectiva y verdadera entre Martines y nosotros, por la intermediación de Jean-Baptiste Willermoz, incluyendo la transmisión de práctica del culto primitivo, cuya huella se deja ver por la concepción cuaternaria de la iniciación

rectificada y la elevación del altar de los perfumes. Y este aspecto de las cosas, por no decir de “La Cosa”, merece reflexión.

Esta convicción está subrayada en su Prefacio a las lecciones de Lyon por Robert Amadou, que reconoce y constata evidentemente las modificaciones profundas efectuadas por Willermoz con respecto a la Orden de los Élus Cohen, pero afirma igualmente a propósito del Régimen Escocés Rectificado que “*encierra los conocimientos misteriosos y la ciencia religiosa del hombre*”, según Martines.

“El último viviente de estos cuatro Réau-Croix [Willermoz], que había nacido en 1730, cambió las formas completamente, instituyendo a sus Caballeros Bienhechores de la Ciudad Santa. En su nueva sociedad, suprimió las operaciones teúrgicas reglamentarias, pero las encerró en los conocimientos misteriosos que les eran correlativas según Martines, y la dotó con un valor teosófico de la beneficencia en la que todos los francmasones concurren. [...] Por la voluntad de Willermoz, su autor y su director, a cara casi descubierta, la Orden sustituida imparte la parte científica de la masonería primitiva, la ciencia religiosa del hombre, que transita por el mundo y que Dios ama, la reintegración de lo creado en la nada y de los emanados en su fuente eterna. Porque es la ciencia del hombre y ciencia no humana, esta ciencia es universal. Desde el primer grado del Régimen, que es de la masonería azul, el recipiendario se beneficia de serios indicios sobre la tricotomía del hombre y sobre su espíritu buen compañero. Siempre el ternario en el principio. Luego, se eleva”.

Estas luminosas precisiones concernientes a la naturaleza del sistema fundado por Willermoz y la ciencia divina que encierra, se desvelan a la vez como una evidencia, una alegría y una gran tranquilidad a propósito del valor del Régimen Escocés Rectificado, pero establecen, constituyen igualmente, como siempre en estos campos, una gran responsabilidad y sobre todo una misión por realizar, cuyos términos subrayan indirectamente los deberes de aquellos que humildemente caminan aceptando ser guiados por las verdades esenciales de la “Santa Orden” perpetua. Es lo que nos dice claramente, una vez más, Robert Amadou:

“La Gran Profesión conserva entero el depósito de la doctrina de la reintegración, he aquí lo que la define filosóficamente”.

“No había nada que cambiar en la Orden de los Élus Cohen, y muy poco, por no decir nada, en los principios del Régimen Escocés Rectificado. Había que terminar de realizarlos. Este deber incumbe hoy a los hombres de deseo sufrientes, por quienes la Providencia dispuso que se restablecieran en las formas las dos especies contemporáneas de la “Santa Orden” perpetua”.

Ahora entendemos, sin ningún problema, en qué consiste la responsabilidad, el deber de la “Santa Orden” perpetua evocada y finalmente la naturaleza efectiva del Régimen Escocés Rectificado y la razón del nombre de “Orden sustituta” que le

corresponde legítimamente:

“La meta de Willermoz era pues preservar la doctrina de la que Martines de Pasqually había sido, según lo que éste le había enseñado, sólo uno de los relevos; mantener, cuando desapareciese la Orden de los Élus Cohen, la verdadera masonería según el modelo que Martines de Pasqually le había revelado como el arquetipo y que garantiza una conformidad doctrinal con la doctrina de la reintegración”.

CONCLUSIÓN:

Así instruidos, podemos penetrar el sentido verdadero de esta significativa declaración, desvelando perfectamente lo que hemos querido poner de relieve en esta ponencia:

“La Orden de los Caballeros Bienhechores de la Ciudad Santa tiene un secreto, el secreto de Jean-Baptiste Willermoz: su meta es alcanzar, a su manera, la meta fijada para la Orden de los Élus Cohen, a saber, la Reintegración del hombre en su primera propiedad, virtud y potencia espiritual divina”.

Reintegración esperada y situada en el espíritu de este Régimen fundado por Willermoz, teniendo por objeto la reedificación espiritual del hombre, conduciéndole de la imagen a la semejanza y de las tinieblas de este mundo a la Luz del Ser Eterno e Infinito, que es la bondad, la justicia y la verdad misma.

Cómo no concluir, en forma de mensaje simbólico, transmitido más allá de los siglos y lo invisible, con estas últimas palabras que Martines dirigió a Willermoz poco antes de su desaparición en Puerto Príncipe el 20 de septiembre 1774 y por Willermoz al conjunto de las almas de deseo sensibles a la doctrina divina, preservada en el seno del Régimen Escocés Rectificado:

“Estoy con fiebre en este momento cuando le estoy escribiendo esta carta de advertencia, provocada por dos grandes clavos, uno en el brazo izquierdo y el otro en la pierna derecha. No escribo a nadie porque no puedo en absoluto, todo nuestro Gran Oriente abraza el vuestro. Doy un abrazo al Muy Poderoso Maestro Saint-Martin. Adiós Muy Poderoso Maestro, ¡que el Eterno le tenga con todos sus discípulos en su santa y digna protección!”